

# Ilustración



# Artística

AÑO XXXIV

BARCELONA 6 DE DICIEMBRE DE 1915

Núm. 1.771



El notable y malogrado artista Javier Gosé (1877-1915),  
cuyas obras se hallan expuestas actualmente en el Círculo Artístico de esta ciudad. (De fotografía de Royal.)

En la página 815 publicamos algunas vistas de esta exposición.



## SUMARIO

**Texto.** — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *El beso de la muerte*, por José A. Luengo. — *La guerra europea*. — *Madrid. Actualidades teatrales*. — *La última batalla del padre Agustín* (novela ilustrada; continuación). — *Tetuán*.

**Grabados.** — *El notable y malogrado artista Javier Gosé*. — Dibujo de Tamburini, que ilustra el cuento *El beso de la muerte*. — *Retrato de señora*, obra del celebrado pintor suizo Alberto de Keller. — *La guerra europea* (siete fotografías). — *Dos vistas del hermoso mausoleo erigido al estadista don José Canalejas en el Panteón de Hombres Ilustres de la basílica de Atocha, en Madrid*, obra de Mariano Benlliure. — *Barcelona. Exposición de Pintura Española en el Círculo de Bellas Artes*. — *Exposición de obras de Javier Gosé en el Círculo Artístico*. — *Madrid. Actualidades teatrales*. — *Vistas de Tetuán y usos y costumbres de la población mora de aquella ciudad*. — *La familia Real belga*.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Sigue Cervantes (y seguirá hasta el 23 de abril, y algo después, probablemente), siendo la actualidad. No hay, pues, que admirarse si cuanto a este tema se refiere despierta interés hasta el límite en que aquí las cosas lo despiertan, cuando son ajenas a la política. Se están publicando numerosas obras y opúsculos referentes al Manco, y entre los dignos de atención debo señalar *Las meditaciones del Quijote*, de Ortega Gasset, el nutrido libro de Aurelio Baig Baños, sobre el *Falso Quijote*, y el notable folleto de Julio Puyol, *El supuesto retrato de Cervantes*.

Sin renunciar a decir algo de los otros, concedo a este último la primacía.

Su asunto es picante y curioso, y además ha venido a confirmar una sospecha que ha tiempo me asaltó, puramente por instinto, sin base alguna. ¿No os ha sucedido, a vosotros que me leéis, nada semejante? ¿No habéis sentido el roce de una duda que no podéis fundar, contra la cual os rebeláis y protestáis interiormente, y que, sin embargo, vuelve, insidiosa, capciosa, y no os deja vivir hasta que la apuráis por completo y os convencéis de su vanidad o de su realidad?

Esto me ocurrió con el retrato atribuido a D. Juan de Jáuregui, que dicen representa a Miguel de Cervantes Saavedra, y figura en el puesto de honor en el salón de sesiones de la Academia Española, presidiendo en nombre de la Lengua y la Literatura en ambos mundos.

Sabía yo que tal retrato, muy diferente de como acostumbrábamos a figurarnos el rostro de Cervantes, había sido encontrado recientemente, y, bajo el patrocinio de D. Alejandro Pidal, adoptado y saludado como portentoso descubrimiento. Siendo el entonces presidente de la Academia persona aficionadísima a antigüedades, comprador incesante de ellas, amigo de personas inteligentes en el mismo ramo, al parecer no cabía engaño en asunto que él tomaba de su cuenta. Y siendo yo meramente una aficionada sin autoridad, no me asistía ningún derecho para formular la imprecisa inquietud que sentía ante el retrato y su aparición maravillosa, según la frase que corría entre académicos.

Un día tras otro, no obstante, fué dando cuerpo a mis recelos el rumor que cundía contra la autenticidad del retrato.

Se oían cosas increíbles, fuertes, y que, por lo tanto, no he de consignar. Ni aun me hubiese atrevido a llevar la cuestión de propósito a la letra de molde, si el folleto de Puyol no me diese el resumen de todo lo que venía germinando en mi espíritu. Lo que yo no tengo calidad para proclamar, puesto que no hice un detenido estudio del caso, lo expresa Puyol con copia de documentos y observaciones. Y lo anuncia ya en la cubierta del folleto, donde figura como subtítulo «*Sospechas de falsedad que sugiere el (retrato) atribuido a Jáuregui, propiedad de la Real Academia Española*».

Al analizar el hallazgo de la Academia, Puyol sigue el método de catalogar datos y hechos citándose, con prudente reserva, a pedir luz, a rogar que se haga lo que no se hizo: un examen técnico detenido, suficiente para disipar las sombras que rodean cuanto se refiere a la misteriosa pintura.

El retrato en cuestión fué denunciado al Sr. Sentenach, académico, en la Exposición de Bellas Artes, por un señor para él desconocido, D. José Albiol.

Era este señor Profesor de la Escuela de Artes y Oficios, en Oviedo, y antes se había dedicado a restaurar cuadros antiguos en Madrid: detalle que merece mencionarse. Entre sus cuadros poseía uno, muy sucio, que limpió, y en el cual, sigue hablando el Sr. Albiol, aparecieron dos letreros: uno que dice *D. Miguel de Cervantes Saavedra*, y otro que reza *Juan de Jáuregui pintó, año 1600*.

Debe advertirse que, por un pasaje del Prólogo de las *Novelas ejemplares* se creía que hubiese existido un retrato de Cervantes, obra de D. Juan de Jáuregui, y venían dándolo por seguro varios eruditos y cervantistas. Observa Puyol que el pasaje, sin embargo, no afirma la existencia del retrato, sino solamente que D. Juan de Jáuregui pudiera hacerlo, y que con ello colmaría Cervantes su ambición. De suerte que, desde el primer paso en tan enredada historia, tropezamos con la inexactitud y vaguedad de las noticias en que descansa el tinglado del hallazgo.

Ello es que el Sr. Sentenach participó al Sr. Rodríguez Marín la nueva, y éste al Sr. Pidal y otros notables de la corporación. Acordóse inmediatamente que el retrato pasase a ser propiedad absoluta de la Academia, «dejando para después el estudio de su histórica identidad». En el relato de las gestiones y preliminares para lograr este objeto, ha descubierto el Sr. Puyol numerosas contradicciones y faltas de coordinación en las fechas. En resumen, el señor Albiol, al principio, andaba, dicese, reacio en desprenderse de la joya, desdeñoso de las ofertas en dinero, y, por último, haciendo la proposición, que el Sr. Puyol califica graciosamente de «casi mítica» de negarse a aceptar ninguna clase de precio ni compensación pecuniaria, y regalando la pintura, a condición de que acabase de salir a oposición una cátedra cuyo expediente estaba «enredado en los tradicionales balduques del expediente oficial».

Continúa la serie. No había tal expediente dormido, ni aun tal cátedra, pues no estaba ni creada ni dotada; pero lo cierto fué que a fines de 1910, se aumentó la plantilla del personal docente, y se creó una plaza más de profesor de término, sin determinar la aplicación que a la misma había de darse, no acordándose esto hasta medio año después. Fué nombrado entonces interino D. José Albiol; sacóse rápidamente a oposición, y la ganó el mismo. Puyol no duda de que la ganó en justicia, pero ello fué que no se trató, como dijera Pidal, de despertar un expediente, sino de crear una cátedra.

A las contradictorias alegaciones de los que propugnaron la autenticidad de la tabla, siguen las dificultades graves que se encuentran para suponer que Jáuregui hizo en efecto un retrato del autor del *Quijote*. Concordando fechas, tendría Jáuregui, en 1600, quince años de edad. Precocidad inverosímil.

Además, en la tabla de la Academia, Cervantes aparece con tratamiento de *don*, que no tenía, y sin él Jáuregui, que lo tenía de seguro; rodea el semblante del Manco una lechuguilla escarolada, que no usaría probablemente, porque no se avenía con su condición social, y se observan repintes y retoques.

Las incertidumbres crecen al notar tantas contingencias de error como se reúnen en torno de esta pintura enigmática. Las inscripciones pueden ser del XVII, pero también pueden haber sido agregadas, o en el XVIII, época de diestras falsificaciones, o en nuestros días. Todo cabe en la suposición, ya que no ha llegado a ser examinada debidamente la pintura. El joven D. Aureliano de Beruete y Moret, digno hijo de tal padre, aunque no pudo ver como es debido el cuadro, cree que las inscripciones están, por lo menos, muy retocadas. Respecto a la faz de Cervantes en este retrato, diré que la impresión de antipatía que produce, es singular, por facciones que con razón califica el Sr. Barcia de monstruosas. Si el retrato poseyese indiscutible autenticidad, tendríamos que resignarnos a que fuese así el gran novelador; pero pudiendo abrigar la esperanza de que resulte falso, después de bien revisado el pleito, hay que decir que el Cervantes de Oviedo tiene una muy repulsiva fisonomía; es un Cervantes asaz distinto de como nos lo imaginamos, hasta por el autorretrato escrito que nos legó, y que es el único no tildado de apócrifo.

Esta mala gracia del retrato que se entroniza en la Academia, fué quizás el primer origen de mi recelo. ¿Habría sido así Cervantes? No puedo negar que ha influido en mí tal impresión de desagrado. Pero, lo repito: si se demuestra que el retrato es legítimo, de legítimo matrimonio del Arte con la Verdad, habría que tener paciencia, y sufrir al vestiglo. Y por eso, para saber si al cabo Cervantes tuvo o no tal geta, estoy deseando que los expertos den su opinión. Puyol observa que, por ahora, no se sabe el nombre de ningún experto que haya reconocido el cuadro. Cita la opinión del hispanista Fouché Delbosc, que asegura haber sido repintada la región frontal, para aumentar las dimensiones de la frente, de la cual nos dejó dicho el propio Cervantes que era «lisa y desembarazada». Y añado yo que se le fué la mano al repintador, porque la frente es una verdadera anomalía.

Todo es misterio, todo es problema en este retra-

to. D. Ramón León Mainez, cervantista respetabilísimo, pidió al Sr. Albiol datos precisos acerca de cómo había adquirido la tabla (datos que no pidió la Academia, aun cuando parecía tan natural); y la respuesta fué poco satisfactoria, pues se limitó el señor Albiol a decir que la había adquirido hacía seis años, que su anterior propietario la poseía hacía más de cuarenta y cinco, y que él la había limpiado hacía uno, apareciendo entonces las inscripciones. Y no más noticias, ni el nombre del antiguo dueño, ni el punto donde fué comprada.

Otra circunstancia extraña se suma a las restantes. Siendo Presidente del Consejo de Ministros don José Canalejas, en octubre de 1911, encargó al académico y erudito Pérez de Guzmán la redacción de una Memoria ilustrada, acerca de los retratos de Cervantes. Puso manos a la obra este señor, acopió datos, juntó fotografías, autógrafos, medallas; en fin, se pertrechó como correspondía a su condición de investigador concienzudo, y, ya preparado, escribió un libro en toda regla. La conclusión del libro fué, terminantemente, «que no existe ningún retrato auténtico de Cervantes, y que, por tanto, el atribuido a Jáuregui es tan apócrifo y fabuloso como lo son todos los demás». Y empezó a imprimir su informe; y al llegar a la página 119, he aquí que suspendió la impresión y suspendida sigue. Puyol añade que, al preguntarle a Pérez de Guzmán la razón, contestóle éste: «Interrumpí la publicación, por los tremendos disgustos que me dieron.»

Sin poderlo remediar, recordamos una novela de Alfonso Daudet, *L'Immortel*, basada en cierta superchería que logra engañar a la Academia francesa en pleno, empezando por el Secretario perpetuo, haciendo aceptar por verdaderas y con entusiasmo, cartas históricas completamente forjadas por un moderno falsificador. Y como hay que ser imparcial, diré que casos semejantes en la realidad no faltan. Ahí está la tiara de Saitafarnés, falsificada en Odessa, sin mucho recato, y que se coló en el Louvre, y allí pasó por verdadera bastante tiempo. La cosa es tanto más rara, cuanto que algunos profanos que entonces concurríamos al Museo, rumoreábamos la falsificación. Yo exclamé un día, ante la cristallera: «No entiendo, no sé decir la razón; pero la tiara me parece moderna, aunque admirablemente cincelada y trabajada.» Y en efecto, de allí a poco fué oficial la noticia del chasco. Otro parecido dieron, habilitadamente, al British Museum, si no recuerdo mal. Propusieronle unas tiras de cuero, calificadas de antiquísimas, en las cuales, en viejos caracteres hebraicos, se contenía el manuscrito del *Deuteronomio*. Para mejor imitar la antigüedad, el cuero había sido macerado en diversas substancias, sometido a la acción de la humedad, etc. Con el afán que en Inglaterra se tiene por lo bíblico, el Museo soltó una porrada de dinero por los rollos; considerable número de libras, que entonces no estaban a la par. Y por dónde, sometido a más prolijo examen el rollo, pudo verse en él, al microscopio, la huella de la marca del cortador moderno, casi borrada, pero todavía delatadora...

No tendría nada de pasmoso que la Academia española hubiese sido víctima de un engaño. *Errare humanum est*, que dijo el otro. Tiene además esto del cervantismo y de las cosas cervantescas el don de causar una especie de fiebre que nubla la razón por momentos. Siendo Cervantes un entendimiento tan privilegiado, y su libro tan extraordinaria escuela de cordura iluminada por el genio, no acierto a descifrar en qué consiste que la admiración hacia Cervantes no ponga más sal en la mollera, sino que parezca originar desvarío. He conocido muchísimos maniáticos cervantistas, algunos graciosos e ingeniosos; pero, en general, cerrados al resto de la cultura humana, por la frecuentación del trato de D. Quijote, visto sólo por una esquina.

Puede haber un momento en que esta fiebre del cervantismo obre como un contagio, y trastorne a muchas personas a la vez. Por eso convendría que todos nos hiciésemos solidarios de la carta que don Julio Puyol dirige a D. Antonio Maura, actual Presidente de la Academia. En ella no le pide gollerías. Tan sólo que el supuesto retrato de Cervantes sea reconocido y estudiado debidamente, por interés y decoro de la misma corporación y de España.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

**La Sal Natural de Sprudell**  
de  
**Carlsbad**  
es la única legítima Sal de





A lo mejor veo que una vagorosa neblina se alza junto a mí...

**EL BESO DE LA MUERTA**  
 POR JOSÉ A. LUENGO

dibujo de Tamburini

El manicomio de X estaba al lado de la vía férrea. Era una casona de aspecto triste. Desde afuera no se veían sino sus altas paredes y en la parte más elevada de ellas se abrían unas ventanas entreveradas de recios barrotes y semejantes por lo estrechas a las aspilleras de una fortaleza. En medio del silencio de los vecinos campos, la voz de un loco, la canción desgarrada de una pobre loca restallaba en el aire. En tanto caía el sol en haces de oro sobre las musgosas tejas de la techumbre, y la chirriante vela, con los besos de la brisa, apuntaba tan pronto hacia una como hacia otra dirección.

Una tarde se me ocurrió visitar el manicomio. Varios locos chocarros, más bien tontos que alienados, se refocilaban, cada cual con su idea fija, en un patinejo de terrosas tapias, donde crecían unas acacias de verdor polvoriento y susurrante. Tras de estar un rato con ellos y dar tabaco a los unos y promesas y palabras baldías a los otros, como me turbara su locura asomada espantosamente a sus pupilas llenas de vacuidad y de extravío, supliqué a la hermana de la caridad, que me acompañaba, que fuera servida de sacarme de allí. Al salir por un pasillo de desnudas paredes llenas de puertas pintadas de ocre, alguien nos chistó reiteradamente. Miré hacia donde nos llamaban y vi asomado al ventanillo de una de las puertas un rostro pálido, casi exangüe, con una barba rala y rubia, tan larga como descuidada, y con unos ojos en los que fosforecía la fiebre. Junto al rostro, sus huesosas manos se agarraban fuertemente a los barrotes.

—Hola, Agustín, ¿qué quieres?, exclamó la hermana con una voz llena de dulzura. ¿Qué deseas?..

—Hermana, dijo el loco, adviérte que a ese señor han de interesarle mis desventuras. A su ojo derecho se asoma la inteligencia y al izquierdo la bondad de su corazón.

La hermana se volvió hacia mí para decirme en voz baja:

—Pensé que este pobrecito dormía y por eso lo traje a usted por aquí. Ahora es cuestión de caridad que lo escuche usted; si no, se pondría muy furioso.

El loco me miraba ansiosamente. Yo me acerqué a él. Entonces apartó su rostro del ventanillo y por éste pude ver el interior de la celda. Eran cuatro paredes blancas y desnudas; en una de ellas había empotrado un mísero catre y en otra se abría una estrecha ventana que daba al campo, por la que a la sazón entraba una difusa claridad y se veía un pedacito de cielo azul. El loco hizo ademán de escuchar varias veces, y después de algunas idas y venidas por su encierro, tornó hacia el ventanillo riéndose y exclamó:

—No; nadie nos oye: ni las aves del cielo, ni las bestias de la tierra, ni los hombres, que son más bestias que las mismas bestias. Las aves del cielo cantan; oiga usted las alondras, escuche las pardas cogujadas. El aire se hace milagro en sus gargantas. Las bestias pacen o trabajan; mire cómo las cabras y las ovejas ramonean las frescas hierbas y los jugosos céspedes; atienda de qué modo las mulas labran los campos. En cuanto a los hombres..., más vale dejarlos. Los hombres, los hombres me han hecho mucho daño; pero la vida me venga de ellos. La vida tiene dos puños gigantes, monstruosos. El vello los cubre de una capa espesa y negra, de la que sólo emergen lucientes las uñas afiladas. En el primer puño — el izquierdo — la vida aprieta el cuello de un odre muy grande que nunca se vacía. Este odre está lleno de un dulce licor, licor que sabe a lo que cada uno apetece más. Este quiere gloria y a gloria le sabe; aquél quiere riquezas y a cada tragantada ensima en su vientre un Pactolo; quiere el otro honores y, con gustarlo, los honores le caen como llovidos. Los hombres beben y beben, y la vida no para hasta embriagarlos. Entonces se ríe de ellos y, cuando el placer los duerme, levanta en alto su otro puño — el derecho — tan grande, que extiende sobre ellos una amplia sombra. De pronto entona una canturía triste y fúnebre y lleva el compás con el puño majando sobre los durmientes y los saciados. ¡Ah! ¡La vida!. Canta así: la... la... la... li... looo... Y machaca... y machaca... Y su canto es el grito de mi venganza...

El pobre loco se excitaba. Sobre todo al cantar, su acento me causó un escalofrío.

—¡Bueno, bueno!., interrumpió la hermana para calmarle. Agustín, mientras la vida te venga de los hombres, refiérenos tu historia. El señor la espera con impaciencia.

—¡Ah! Es verdad... Me olvidaba de la historia y jurara que ni siquiera veía al señor. Pero a ti sí, hermana. Oye... ¿Por qué te cortaste el pelo?.. Pero ya caigo. Dijo alguien que las mujeres tenían ideas cortas y cabellos largos. Tú, en cambio, al tener los cabellos cortos, tienes las ideas largas, hondas y generosas, y estas ideas visten tus ojos de una gran hermosura. Porque has de saber que hay pupilas vestidas y pupilas desnudas y otras pupilas...

La hermana me hizo seña de que le hablara alguna cosa. Yo exclamé:

—Lo que no hay, amigo Agustín, es historia. Tengo prisa y, como no te apresures, me iré sin oírlo.

—¡Prisa!.. Por tenerla una vez, conocí a Elvira. Iba ésta a la iglesia, vestida de luto, con un velo transparente que le caía hasta las rodillas, con un negro devocionario preso en las manos pequeñas y enguantadas y con un andar sosegado y rítmico. Su linda boca de labios groseruelos y rojos apenas se entreabría; sus ojos, huyendo tristemente del mundo, se ocultaban tras los caídos y rosados párpados, y la sombra de sus pestañas se ensanchaba con el morado círculo de sus ojeras. Entre su frente blanquísima y su velo negro se escapaban unos ricillos rubios, y la brisa y el sol y la luz caían sobre ellos y los crispaban a besos. He dicho que tenía prisa. Había de tomar un tren que momentos después salía para un pueblo cercano. ¡Ay, señor! Si aquel día y en aquella hora no hubiese tenido que emprender tal viaje, ¡cuán otra hubiera sido mi existencia!.. La necesidad exigía mi presencia en aquel pueblo durante cuatro días; pero me las apañé de manera que solamente en dos resolví todos los asuntos que me llevaron a él. He de confesar que si no los resuelvo en ese tiempo, regreso el mismo día sin resolverlos. Yo no podía vivir sin Elvira. Se me había clavado



en la imaginación, y puesta en ella como una planta vivaz, sentía, sí, señor, yo sentía el avance de sus raíces primero por mi cerebro sorbiéndome el seso, luego por mis ojos que cegaron para todas las cosas de la vida, si no era para ella; más tarde por mi garganta, que no acertaba a formar más sonido que el de su nombre, y después por mi corazón que le daba toda su sangre para que fuese lozana. Le hablé de mi amor con timidez de colegial. Si llega a rechazar mis pretensiones, me mato; pero las aceptó. Por ella hice mil locuras y, al fin, hice la locura máxima: me casé. Señor mío, no se case usted. El matrimonio es el asesino del amor. El matrimonio únicamente es ventajoso para los confiteros por las golosinas que se consumen el día de la boda, para los fabricantes de vajillas por las que se consumen más tarde y para los boticarios y los médicos, porque ambos contrayentes se consumen y necesitan de sus auxilios...

— Agustín, Agustín, interrumpió la hermana, que el matrimonio es un sacramento de la Iglesia.

— Hablaba, hermana, de los malos matrimonios, de los que forja el interés, de los que fragua la conveniencia, de los que imponen la fuerza, de los que no están razonados por el amor. Pero cuando el amor entra en ellos como parte esencial — y éste fué el caso del mío — ¡ah!, entonces..., entonces, señor, tampoco se case usted.

— ¡Cómo, amigo mío!, le dije yo. ¿No fué usted feliz?..

— ¡Feliz! Tanto lo fuí, que mi felicidad, aun vista desde tan lejos, me desvanece. Elvira vivía en mí, yo vivía en ella y los dos vivíamos en el séptimo cielo. Las exigencias de la vida apenas nos despertaban de nuestro vago ensueño. Días hubo, tan perfectos de ventura, que pasábamos entre las personas y las cosas como entre espectros, como entre sombras de las que no valía la pena de preocuparse. Un día, sentados los dos en un sofá, le decía yo: «Elvira mía, el mundo es como un desierto que tengo que atravesar. Heme aquí caminando por él sin más compañía que la de mi fiel camello. Cuando me canso de su aridez, cuando su monotonía ensombrece mis ojos, una sedosa tienda me espera. Yo me sumerjo en ella. Al través de su pabellón no entra la luz cegadora, ni

se transparenta la visión de las arenas eternas; pero entran las brisas y con ellas ricos y suaves perfumes. Esta tienda, Elvira mía, donde mi alma descansa de las fatigas de este mundo, desierto para mí, la forman tus ondulados cabellos de oro.» Y diciéndole estas cosas, los anillaba en mis dedos, cuando llamaron a la puerta. «¿Quién será?», pregunté yo. Y ella, riéndose, me contestó: «Será el camello, que roza la tienda con su joroba.» Desgraciadamente no era un camello: era un pariente suyo, que venía de América. No tenía más deudos que nosotros y con nosotros se quedó a vivir. A pesar de su presencia, que él procuraba hacer discreta, nuestra vida apenas sufrió modificación alguna. ¡Qué días tan dichosos!. A veces me pregunto: ¿Es verdad, es verdad, Dios mío, que yo he vivido tales días?..

— ¿Lloras, Agustín?, preguntó la hermana.

— ¿Lloro, hermana, lloro?.. ¡Oh! Por caridad, de prisa, tráeme un espejo. Siento húmedos los ojos, siento resbalar algo por mis mejillas y, sin embargo, no lo creo, no lo creo... Anda, tráeme un espejo... ¡Quiero convencerme de que me quedan lágrimas todavía!..

— Cálmate, Agustín, cálmate, interrumpí yo. Ya sabes que tengo prisa. Continúa tu historia. Eras muy feliz.

— Señor mío, aunque usted hubiera de ser tan feliz como yo, no se case. Casándose, tal vez oyera usted algún día que se ponía en duda el honor de su mujer. Yo lo oí... ¡Oh, aquel día!.. Llegué a casa no sé cómo y mandé a Elvira que en seguida arrojara a su pariente a la calle. «¿Por qué?..», dijo ella. Yo le oculté los motivos, ella lo defendió con tena-

cidad y el pariente siguió en la casa. A partir de entonces los celos, unos celos ciegos y furiosos, se enroscaban a mi corazón. Una noche me preguntó ella: «Agustín, ¿estás triste?». Y sus labios me besaron largamente como si quisieran absorber toda la tristeza que henchía mi alma. En aquel instante sentí, no sé por qué, una rabia salvaje. Para no arrojarme sobre Elvira tuve que hacer un esfuerzo supremo de la voluntad. Pensaba: Acaso estos labios no me be-

tenderme vestido sobre el catre, vi o, mejor dicho, sentí que algo rondaba a mi alrededor, y de pronto unos labios helados se posaron fuertemente sobre los míos y me besaron hambrientos con un beso inacabable como el de aquella noche fatal. Era ella, señor mío, era ella que, aun después de haber muerto a mis manos, acudía a darme un testimonio de amor; eran sus labios, aunque fríos, eran sus mismos labios. Mi boca se sabía el contorno de la suya.

Extenuado de espanto grité: «Elvira, Elvira, mátame...» Ella no me mató. Sus labios eran los mismos, pero sus oídos no, puesto que se resistían a mi súplica. Desde entonces, Elvira comenzó a perseguirme con sus besos. A lo mejor veo que una vagorosa neblina — su espectro — se alza junto a mí y en seguida la boca helada se pega ansiosa a la mía. ¡Qué horror! ¡Sentir que nos aman nuestras propias víctimas!. La gente, en tanto, dió en la flor de que yo estaba loco. ¡Cualquier cosa! ¿Qué sabe nadie de los misterios de las almas? Es que Elvira me ama todavía y yo me siento indigno de este amor y de mí mismo; es que con cada uno de sus besos me incita a arrancarme la imaginación que pudo verla culpable, el corazón que pudo dudar del suyo, los ojos que la miraron de mala fe y las manos, estas horribles manos, que aun conservan el sudor de su garganta palpitante... Y yo no me puedo arrancar la imaginación ni el corazón ni los ojos; pero estas manos, estas manos... ¡Hermana, trae un hacha y córtamelas a cercén!..

— Sosiégate, Agustín, sosiégate, dijo cariñosa la hermana.

En aquel punto el loco se puso densamente pálido; sus ojos se desencajaban, su cuerpo se retorció y con sus manos agarrotadas se defendía de algo invisible.

— ¡La neblina, gritaba con voz que parecía un aullido, la neblina! No, Elvira, no me beses. ¡Por caridad!.. Aborréceme, maldíceme, mátame, sí, mátame...

Huyó despavorido hasta tropezar contra las paredes, acurrucóse en un rincón y, sollozando, escondió su rostro entre las rodillas temblorosas. Todo fué en vano. Allí le buscó el beso helado, el beso amoroso de la inocente muerta. El malaventurado Agustín lanzó un grito agudísimo, luego echó hacia atrás su vencida

cabeza, en la que sus finos labios palpitaban trémulos todavía y, aniquilado por la lucha, se tendió cuan largo era en el suelo. Un ligero estremecimiento recorrió todo su cuerpo. Parecióme un pajarillo en trance de agonía...

\* \* \*

Tan absorto estaba yo, que la hermana hubo de tirarme dos veces de la manga para que me alejara del ventanillo.

— La historia, me dijo, que ese infeliz le acaba de contar es verdaderamente la suya. Era un abogado de mucho talento. Vivía en la casa que hay frente a la calle del Olmo, una casa toda cerrada hoy, con desconchaduras en la fachada y jaramago entre las tejas. Es una casa triste. En ella tuvo lugar la tragedia.

Salió del manicomio, al campo. Respiré mejor. Creí que abandonaba un mundo de trasgos y visiones.

El sol muriente quebraba sus rayos en los cristales de la ciudad frontera. Tres nubecillas, como tres pinceladas largas y rosadas, cruzaban el espacio azul.

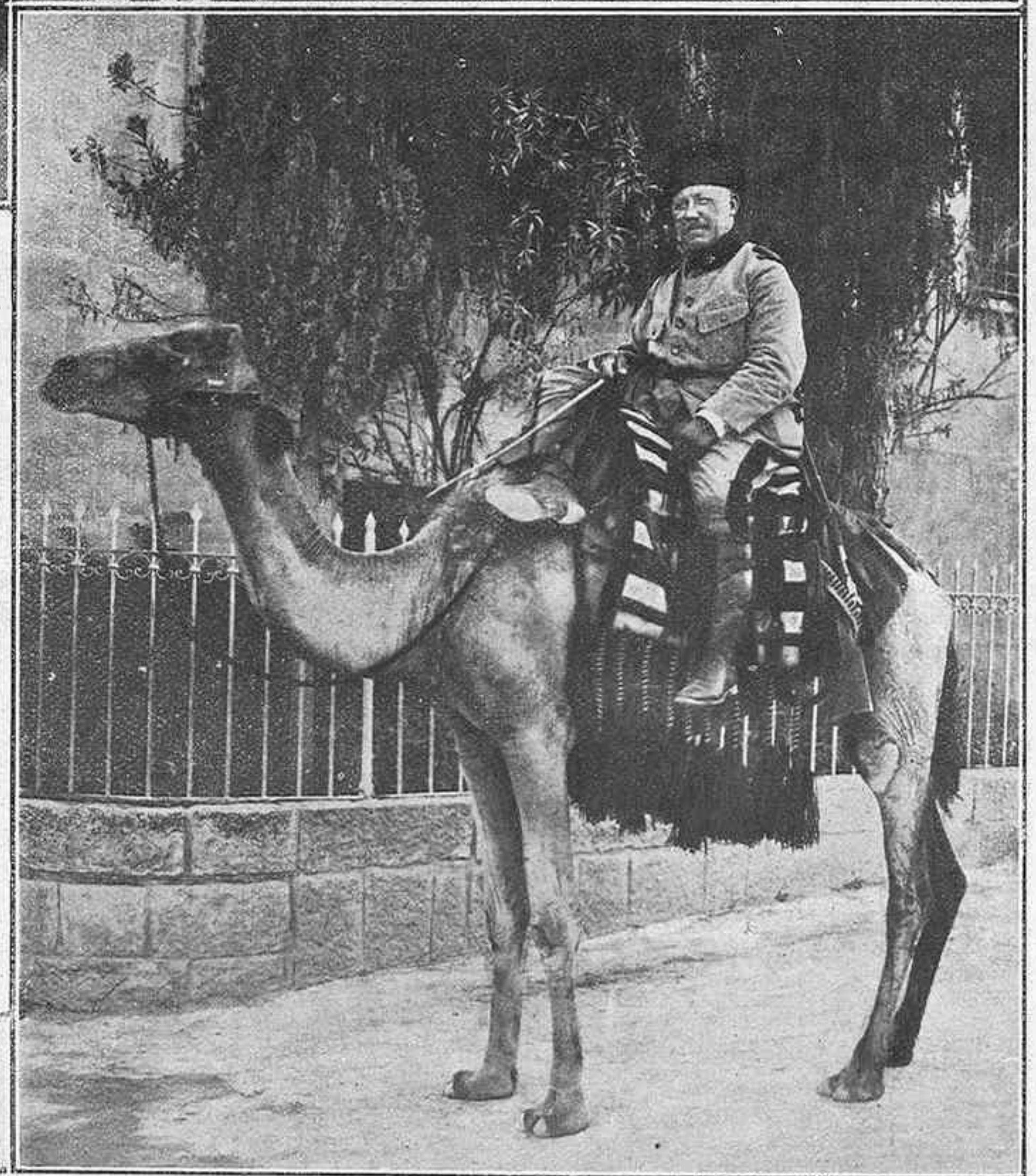
En la cercana vía férrea, sonó la trompeta de un guarda, nuncio del tren que a poco pasaba trepidando. Ido su estruendo, en el solemne silencio que le siguió, una alondra principió a cantar dulcemente despidiéndose del día... Y mi alma bebía con efusión la serenidad que surgía de la tierra, ya obscura bajo la naciente sombra...



Retrato de señora, obra del celebrado pintor suizo Alberto de Keller

san a mí solo; acaso estos ojos azules me traicionan. Y mientras pensaba estas cosas, ella se separó de mí y se fué al lecho. Poco después acudí a la alcoba. Elvira dormía ya, mal guardado el seno, al aire la blanca garganta y esparcida la cabellera sobre la almohada. Sus labios, aun en sueños, seguían besando... Entonces, señor mío, oí una voz seca, como el roce de una lima, que ganía a mi lado: «¿A quién besan? ¿A él?..» Y no pude contenerme. Mis manos se engarfiaron a su garganta. Apreté, apreté convulsivamente... ¡Ah! Cuando la solté, ya podía soltarla tranquilo: Elvira estaba muerta... La justicia, esta feble justicia que permite a veces no ya que doblen su vara, sino hasta que se la doblen sobre las costillas, me encontró al día siguiente tranquilo y satisfecho. Me llevaron a la cárcel. ¿Qué me importaba? El mundo no es más que una cárcel, un poco mayor, pero una cárcel. Me interrogó el juez. «Si resucitara, le dije, la volvería a matar.» El juez se quedó absorto, la gente patidifusa, el pueblo, según supe luego, pasmado. Y tornó el juez a preguntarme: «¿Por qué la mató usted?». Manifesté por qué la había matado. «¿Es posible?», se dijo todo el mundo. ¡Como si la maldad fuera un prodigio increíble!.. Pero el proceso siguió su curso ordinario y hubo un día, triste entre todos los días, en que yo, yo que la había matado, adquirí la convicción de que ella era inocente. Entonces, señor mío, me mesé los cabellos, me arañé el rostro y pedí que me mataran por caridad. De regreso a mi celda llamé a la muerte a gritos, sin cesar, durante horas enteras. La muerte, señor, no vino; pero a cosa de media noche, cuando el cansancio, rindiéndome, me había obligado a





La movilización búlgara: hombres pertenecientes a la reserva y a la landsturm presentándose en sus respectivos centros. - Tropas búlgaras en marcha hacia el teatro de la guerra serbio  
El general alemán Ramsay, jefe de las fuerzas turcas enviadas a Siria. - Tropas australianas en Egipto dispuestas a marchar contra los turcos





Campamento de bersaglieri en el frente austro-italiano. (De fotografía de Parrondo.)

### LA GUERRA EUROPEA

*Teatro de la guerra de Occidente.* — En distintos puntos del frente ha habido violentos combates de artillería, lucha de minas y granadas de mano, bombardeos aéreos, etc. Según los alemanes, no se ha librado acción alguna importante; según los franceses, fracasó un intento del enemigo para tomar una posición al Nordeste de Celles-sur-Plaine (Vosgos), y al Norte del Laberinto han sido expulsados los alemanes del hoyo producido por la explosión de una mina que ocupaban desde dos días antes.

*Teatro de la guerra de Oriente.* — Dicen los rusos que han obligado a los alemanes a replegarse en varios puntos del frente de Riga; que han ocupado una alquería al Norte de Illuxt; y que han fracasado un ataque del enemigo en la región bañada por el río Aa y una tentativa para recuperar algunas trincheras al Norte del lago Sventen. Los alemanes afirman haber tomado Bersemunde, hecho fracasar los intentos de los rusos para atravesar el Misse en Pulpe, y rechazado varios ataques al Noroeste de Czartorysk y en Dubiczce, al Norte del ferrocarril de Kowel a Rowno. Algunos críticos militares rusos creen que Alemania no realizará ninguna operación seria hasta la primavera próxima.

*Austriacos e italianos.* — Lúchase encarnizadamente en el

frente del Isonzo, especialmente en el sector de Goricia, en donde los italianos han tomado la cúspide y varios atrincheramientos de la colina Calvario, han proseguido victoriosamente los ataques al Noroeste de aquella plaza y han rechazado violentos contraataques. Además, han tomado algunas trincheras cerca de la iglesia de San Martino (Carso), en los alrededores de Oslavia, en la zona de Montenero y en el monte San Michele, rechazando todos los contraataques y consolidándose en las posiciones conquistadas. Los austriacos dicen que han rechazado todos los ataques contra Goricia, Podgora, Oslavia, San Martino, cabeza de puente de Tolmino y San Michele; que si bien los italianos lograron penetrar en las posiciones de San Martino, San Michele, Oslavia y Podgora, fueron inmediatamente expulsados de ellas; y que han fracasado en varios otros puntos del sector del Isonzo los intentos de avance del enemigo.

*En los Balcanes.* — Los austrohúngaros se han apoderado de Nova Varos, Sjeniza, Raska, Prepolje, Mitrovitza y Cajnica; han arrojado a los montenegrinos de sus posiciones en el monte Gales; han pasado a la orilla derecha del Lin;

han penetrado en Montenegro y han rechazado a los serbios contra la frontera montenegrina. Los alemanes han ocupado Novi Bazar y Pristina; y los búlgaros han tomado Prilep, el paso de Katchanick, las alturas de Babuna, Gilán, Golebredo y las alturas al Oeste de Ferisovic. Un radiograma oficial de Berlín del 28 de noviembre resume la situación en los siguientes términos: «Por haberse refugiado el resto del ejército serbio en Albania, han terminado las grandes operaciones contra él. Se ha logrado la libre comunicación con Bulgaria y Turquía. Más de 100.000 hombres o sea casi la mitad del ejército serbio, están prisioneros.» Los partes de los aliados confirman la retirada de los serbios, si bien consignando que han obtenido algunas victorias parciales; dicen también que a consecuencia de la retirada del ejército serbio hacia Albania, que ha hecho imposible su reunión con las tropas francesas en la región de Monastir, los franceses, a su vez, se han retirado a la orilla derecha del Cerna.

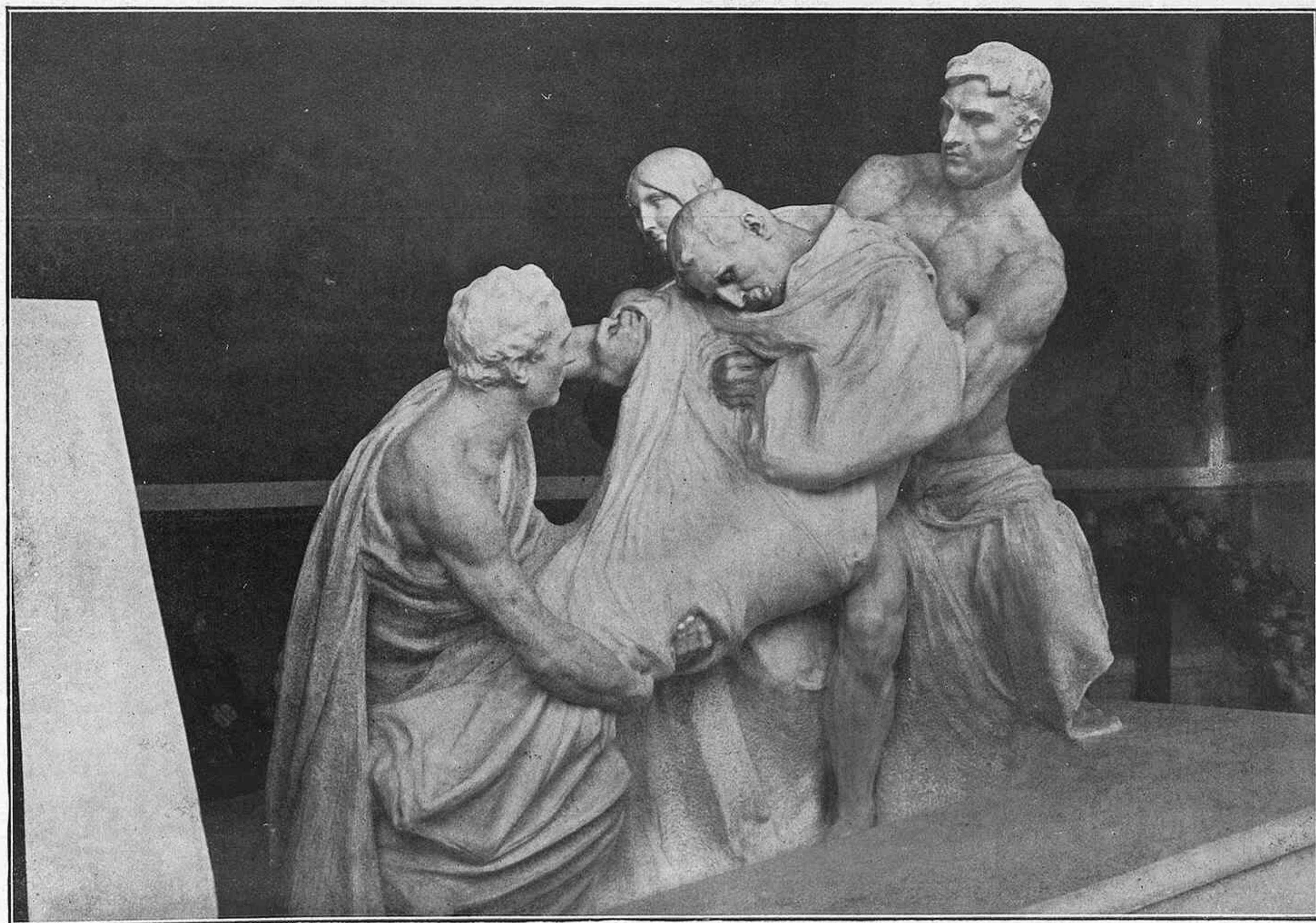
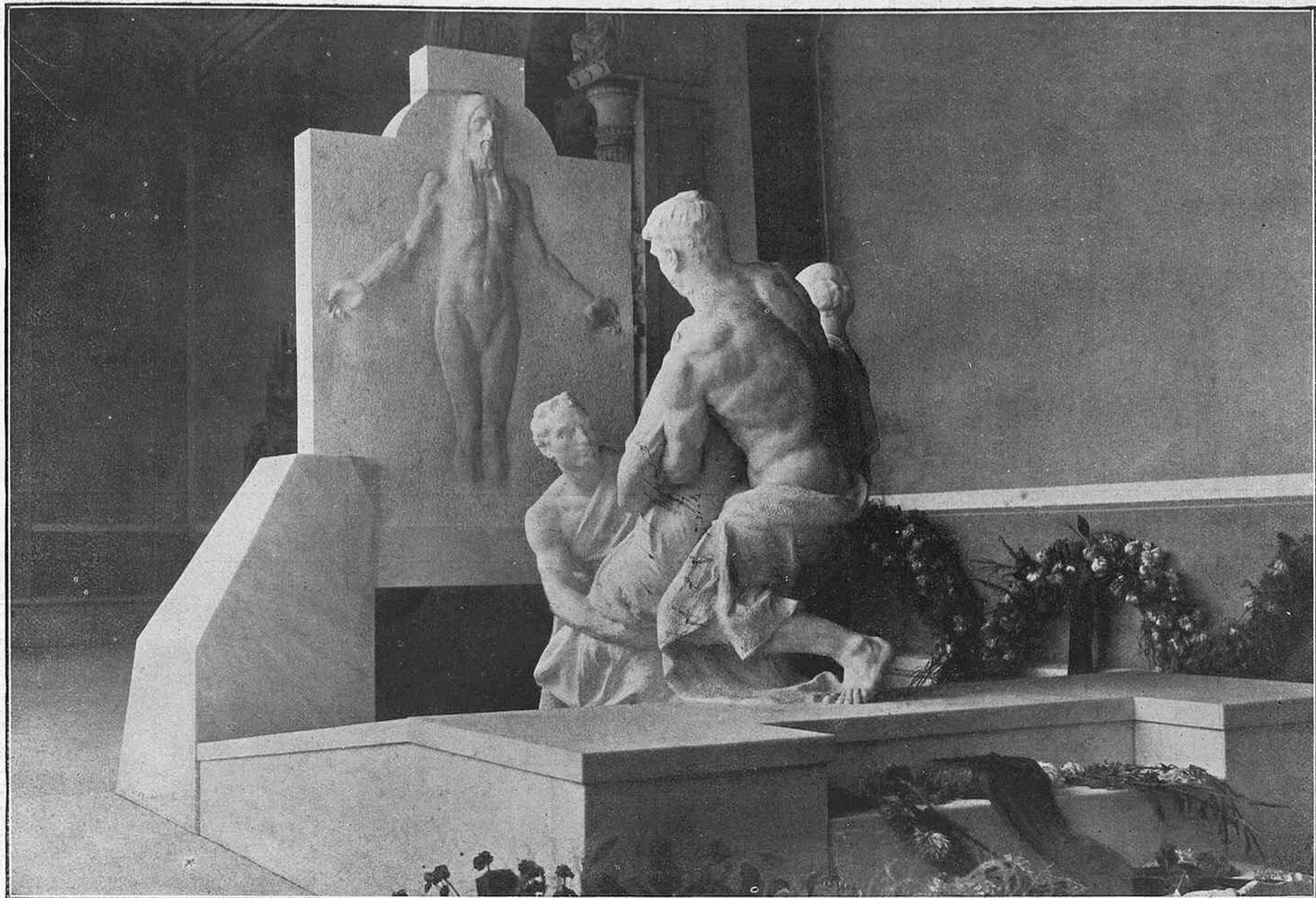
El gobierno serbio se ha trasladado a Escútari (Albania) y los ministros de las cuatro potencias aliadas en Servia a Andrievitza (Montenegro).

Parece que van por buen camino las negociaciones entre los aliados y Grecia para asegurar la acción y garantizar la libertad de movimientos de las fuerzas desembarcadas en Salónica para el socorro de Servia.



Las tropas aliadas en Grecia: el general francés Bailloud conferenciando con los oficiales serbios encargados de guiar a los primeros contingentes franceses desembarcados en Salónica para socorrer a Servia. — La guerra en Servia: soldados serbios descansando en un campamento después de haber sostenido encarnizados combates contra los numerosos ejércitos enemigos que han invadido su país, obligándolos a entablar una guerra que es la tercera que han sostenido en el corto espacio de tres años. (De fotografías de Carlos Trampus.)

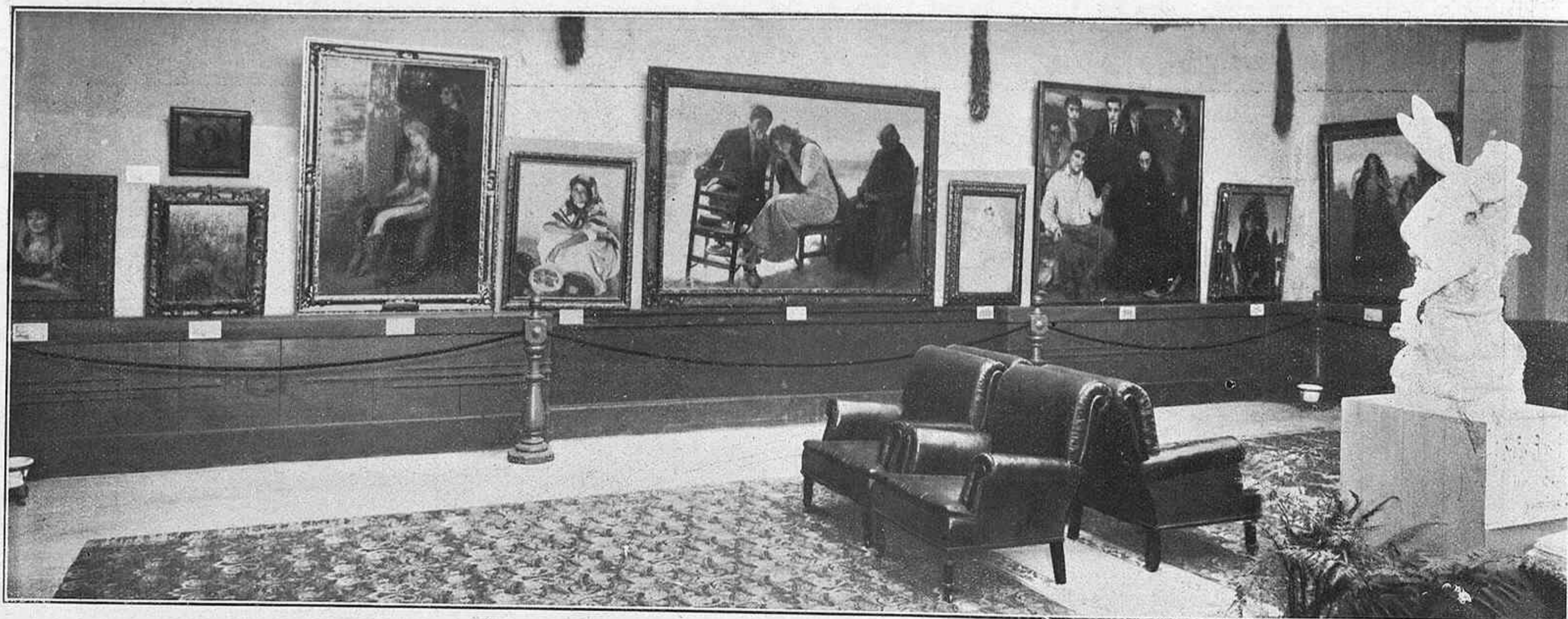




Dos vistas del hermoso mausoleo, obra del eminente escultor Mariano Benlliure, erigido al estadista D. José Canalejas en el Panteón de Hombres Ilustres de la basílica de Atocha, en Madrid. (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



BARCELONA. - EXPOSICIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA EN EL CÍRCULO DE BELLAS ARTES



Vistas de algunas salas de la exposición, en la que figuran obras de Alvarez Sotomayor, Andrade Blázquez, Alcalá Galiano, Alvarez Sala, Benedito, Benlliure (José y J. Antonio), Bilbao, Borrell, Blesa, Cortés y Echanobe, Covarsi, Espina, Fernández Ardavin, García y Rodríguez, González del Blanco, G. Novella, Hermoso, Huidobro, Jadraque y Shez de Ocaña, Lacárcel, Lhardy, López de Ayala, Llorens, Medina Vera, Moreno Carbonero, Moya, Oroz, Peña, Pinazo (Ignacio y José), Pla, Ribera, Rodríguez Acosta, Romero de Torres, Rodríguez Castelao, Salaverría, Santamaría y Tuset. (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)





Algunas de las obras que figuran en la exposición. (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)



MADRID. - ACTUALIDADES TEATRALES. (Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



Escena final de *El Cristo de la Vega*, zarzuela en tres actos letra de Gonzalo Cantó y Fernando Soldevilla, música del maestro Villa, estrenada con gran éxito en el Teatro Price



El maestro Villa, director de la banda municipal de Madrid y autor de la música de *El Cristo de la Vega*.

apellidos más ordinarios y prosaicos. El cura del pueblo, sacerdote bondadoso, auxiliado por algunos parientes del enamorado mancebo, discurre una estratagemas para vencer los rancios prejuicios del Sr. de Quirós y conseguir que los muchachos puedan ver realizados sus deseos. El ardid da buenos resultados y la comedia termina viéndose logradas

Inspirándose en la conocida tradición toledana que Zorrilla immortalizó en una de sus hermosas leyendas, los Sres. Cantó y Soldevilla han escrito el libro de la zarzuela que, con el título de *El Cristo de la Vega*, se ha estrenado con gran éxito en el Teatro Price. La obra de

tandistiguidos literatos abunda en escenas de gran fuerza dramática, tiene cierto sabor clásico en el desenvolvimiento de su interesante acción y está escrita en fáciles y correctos versos; en una palabra, es una zarzuela del género grande que recuerda los mejores tiempos de la zarzuela genuinamente española.

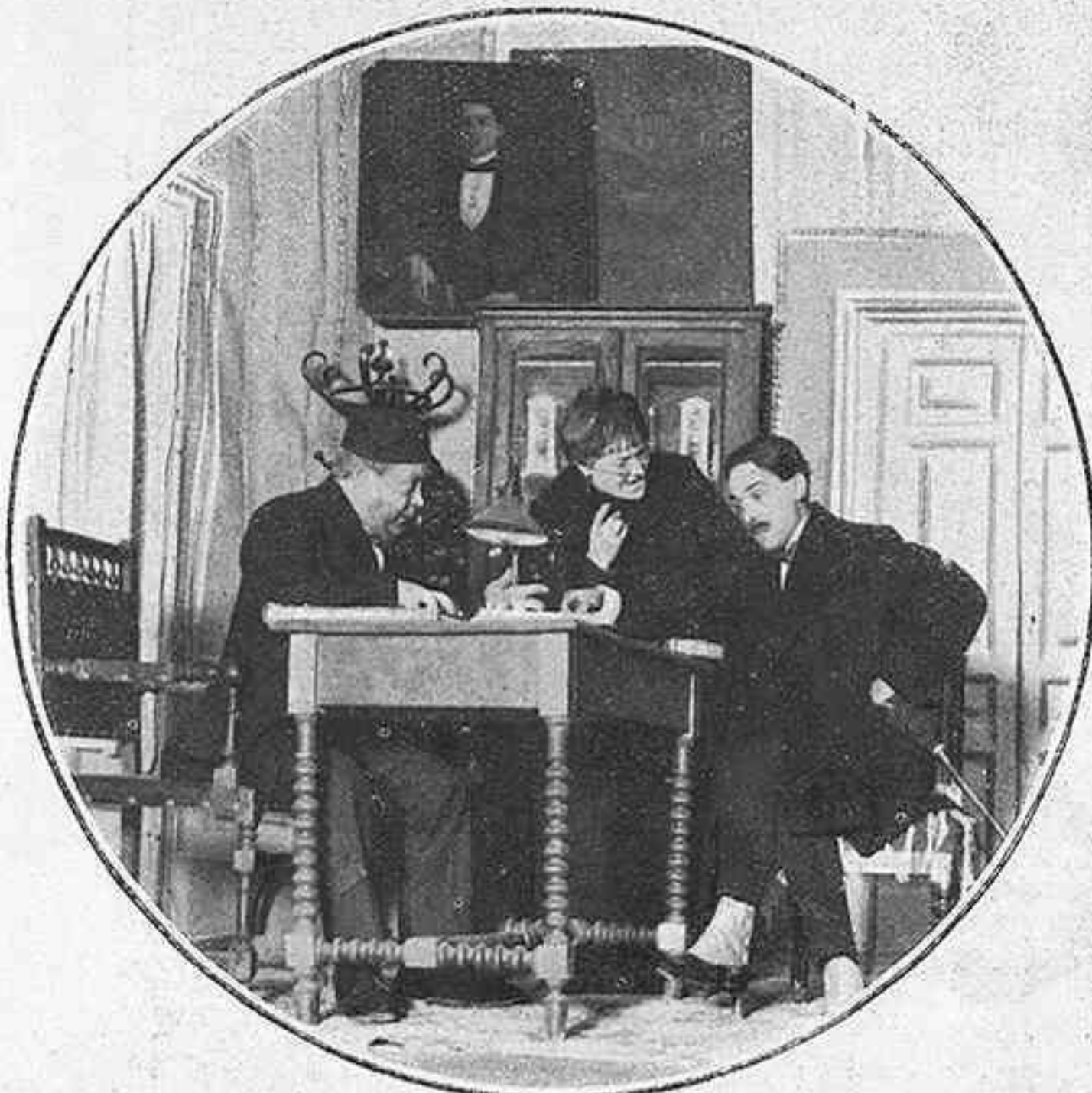
La partitura del maestro Villa es de grandes vuelos, llena de inspiración y admirablemente instrumentada; en ella sobresalen el preludio y un intermedio, de factura delicadísima, un dúo rebotante de pasión, una romanza de tenor, de elegantísima forma, un terceto y unas seguidillas sumamente típicas. Todas estas piezas y otras más han sido calurosamente aplaudidas.

Los Sres. Cantó y Soldevilla y el maestro Villa han obtenido un éxito grandísimo.

*El Cristo de la Vega* ha sido puesto en escena con mucho lujo y propiedad.

las aspiraciones del rico plebeyo y de la hija del noble señor.

La obra abunda en situaciones cómicas, de efecto seguro; la trama es ingeniosa, el desenla-



Una escena de *La gloria de los Pinzones*, comedia en dos actos arreglada a la escena española por Sinibaldo Gutiérrez Mas y estrenada con buen éxito en el Teatro Infanta Isabel.

se ha estrenado con buen éxito *La gloria de los Pinzones*, comedia de Weber y Gerbindón arreglada a la escena española por Sinibaldo Gutiérrez Mas. Es una comedia de enredo cuyo argumento se basa en un *quid pro quo*, en las intrigas de unos tunantes que pretenden engañar

El único objeto de esta comedia es entretener y el autor lo ha conseguido por completo. En la ejecución de *La gloria de los Pinzones* se distinguen las señoritas López Heredia, Siria y Villanueva, y los señores Vilches, Requena, Suárez, Aguilar y Codina.

*La casa de Quirós*, comedia en dos actos estrenada en el Teatro Cómico, ha proporcionado un nuevo triunfo al aplaudido dramaturgo Carlos Arniches, quien en esta nueva obra ha demostrado una vez más cuán bien conoce al público y cómo domina los recursos teatrales.

El argumento, resumido en pocas palabras, es el siguiente. El Sr. Quirós, hombre tan orgulloso como ridículo, encastillado en sus rancias ideas nobiliarias y para quien nada vale lo que los pergaminos, se opone a los amores de su hija con un muchacho adinerado, pero de familia humilde, sin título alguno y, por el contrario, con los



Una escena de *Diana cazadora o pena de muerte al amor*, saine lírico en un acto y tres cuadros, original de los hermanos Joaquín y Serafín Álvarez Quintero, música de la señorita Rodrigo, estrenado con buen éxito en el Teatro Apolo.

ce está preparado con arte, y los tipos, aunque caricaturescos algunos, están bien observados y sostenidos.

La interpretación que a *La casa de Quirós* da la compañía del Teatro Cómico es excelente. Loreto Prado, con su talento inagotable, hace primores de gracia en su papel; Chicote está deliciosísimo en el suyo, y lo propio puede decirse de las señoras Franco, Castellano y Medero, y de los Sres. Soler, Aguirre, Delgado y Peinador.

La obra ha sido muy bien puesta en escena.

El saine lírico de los hermanos Quintero *Diana cazadora o pena de muerte al amor*, es uno de esos bellísimos cuadros de costumbres andaluzas que tan admirablemente saben trazar aquellos populares y aplaudidos autores. Diana ha envidado tres veces y esta circunstancia ha dado ocasión a que se crea que el hombre a quien ella mire con predilección es poco menos que un condenado a muerte. Tal le sucede a Dieguito, a quien la viudita asedia en toda regla, lo cual da lugar a muy cómicos incidentes, pero aquel asedio no es sino una hábil estratagemas de Diana para atraerse al hombre al que realmente quiere, aunque finge desdenarlo, y a quien al fin consigue conquistar.

La obra está desarrollada con gran ingenio y escrita con mucha gracia, y algunas escenas, como la tertulia pueblerina del primer cuadro, son de un efecto cómico imponderable.

Las ilustraciones musicales de la señorita Rodrigo son perfectamente adecuadas al carácter y al ambiente del saine.

La ejecución, admirable por parte de las señoras Argota y Mayendía, y de los Sres. Ortas y Moncayo y demás actores de Apolo.

El éxito de la obra ha sido grandísimo.



Una escena de *La casa de Quirós*, comedia en dos actos de Carlos Arniches, estrenada con buen éxito en el Teatro Cómico





Frente a frente con aquel hombre misterioso...

## LA ÚLTIMA BATALLA DEL PADRE AGUSTÍN

NOVELA ESCRITA EN ITALIANO POR SALVADOR FARINA, CUYA PROPIEDAD TIENE ADQUIRIDA ESTA CASA

¿Cómo el reverendo no tenía la curiosidad de saber el medio empleado por Bernarda para obtener de Severino aquel sí maravilloso?

Y ahora que había obtenido el consentimiento de Amatore padre, ¿cómo haría el padre Agustín para ganarse el ánimo de su futuro acólito?

Quizá el reverendo había prometido demasiado asegurando tan en absoluto que cuando Bortolino supiese lo bastante para poder ayudar a misa, habría aprendido como dos y dos son cuatro toda la doctrina cristiana.

—¡Bueno! Entonces diga usted a Bortolino que

venga a verme cuando vuelva de la escuela, y me traiga el catecismo.

El padre Agustín permanecía imperturbable, y un poco de aquella calma celestial penetró en el alma dudosa de la pobre madre.

Solamente cuando el reverendo volvió a encon-



trarse solo, también le asaltó el temor de haber prometido demasiado, y durante el largo paseo que, según costumbre, dió antes de comer, este pensamiento se deslizó muchas veces como un importuno entre los versos de Horacio.

Afortunadamente, bastaba abrir el tomo en la oda tercera del libro segundo para recibir del poeta la recomendación de conservar la serenidad de juicio en las ocasiones más difíciles; y aun bastaba menos, porque el padre Agustín se sabía aquellas odas de memoria:

*Aequam memento rebus in arduis servare mentem,*  
etcétera, etc.

Así es que, aun en aquel día, tan distinto de muchos días precedentes, el reverendo pudo dar su paseo sin pensar demasiado en Bortolino.

El día era espléndido.

El sol reía en un cielo sin mácula.

Al tibio hálito de la primavera, los castaños de India de los bastiones, como cogidos de la mano, se besaban unos a otros, murmurando palabras indiscretas, que a la entrada de las largas y umbrosas galerías se traducían en una invitación al amor.

El padre Agustín era viejo y podía obedecer a la invitación sin temor de pecar.

Habiendo entrado en el gran silencio de la vejez, escuchaba gustoso las voces seductoras de la naturaleza, mezcladas con otras mil que habían hablado en él.

Estas últimas eran voces que habían sido gritos.

Encontrando uno olvidado, el padre Agustín se alegraba de no sentir ya la turbación de antes, y se decía que la gran batalla había terminado.

En esta seguridad que era la recompensa prometida por Santo Tomás, encontraba cada día inesperadas dulzuras.

Antes había creído que el medio estaba únicamente reservado a la juventud y a la fuerza, y ahora, desde la altura a que su carne había llegado victoriosa, pero cansada, comprendía que el cansancio puede ser un goce para los débiles, y para los fuertes una pena.

Mirando al mundo de lejos, el padre Agustín no se lamentaba de ser prósbita, porque su ojo debilitado abarcaba desde lo alto una infinidad de cosas que se le escapaban cuando se creía fuerte, cuando marchaba en el llano entre la multitud.

Además, los hombres, los sentimientos, las ideas y hasta las sensaciones, todo el viejo mundo casi olvidado adquiría en ciertos días de sol resplandores nuevos, irisaciones que no había notado antes.

Y se le revelaba entonces la fascinación que no tiene lo vivo, o la tiene raramente, y que tiene siempre lo vivido.

Si en estos días de sol encontraba una pareja de pájaros que se perseguían sobre los árboles, o una pareja de amantes que se callaba para dejarlo pasar, el viejo cura estaba tentado de detenerse y decir una buena palabra a los cuatro enamorados.

No pudiéndolo hacer, porque la gente se hubiese figurado que estaba loco, se desembozaba el manto para andar más expedito y pasaba con la cabeza erguida, bendiciendo.

Pero un poco más allá, en el lago de los patos, estaba seguro de encontrar una nidada de chiquillos a quienes podía hacer una caricia.

Los había que le conocían, y le salían al encuentro, o tendían sus manecitas hacia él, estando con sus niñas.

No le pedían nada, y él nada daba, alegrándose de que su condición le sirviera al menos para demostrar que las sonrisas y las caricias se pueden prodigar a la gente menuda, recibiendo en cambio caricias y sonrisas, y que una palabrita balbuceada es con frecuencia el pago de una palabra afectuosa.

Y no se llenaba los bolsillos de confites, que al menos hubiera hecho abrir los ojos a algún pobre chiquillo, ni compraba migas de alforfón para desmenuzadas en el agua y hacer correr regatas a los patos; el padre Agustín no hacía esto, porque era pobre, verdaderamente pobre.

Severino Amatore, la misma Bernarda y hasta sus amigos sardos, que no sabían de su vida sino que era paisano suyo, osilés genuino, y que había abandonado la parroquia de Osilo por un capricho senil, ni siquiera sospechaban lo pobre que era aquel pobre cura.

Era pobre, pero alegre.

Cuando no se creía obligado por la dignidad sacerdotal, dejaba vagar una bondadosa sonrisa que, acompañada de mucho silencio; parecía a todos llena de malicia.

De manera que sus amigos más ladinos se habían metido en la cabeza que el reverendo era más ladino que todos juntos.

Fué un hijo de Tempí, un substituto del abogado

fiscal militar, quien lo hizo notar a un hijo de Sediti, empleado en Hacienda, y a un hijo de Cagliari, empleado en Aduanas.

El abogado fiscal suplente dijo:

— Aquí somos cuatro; yo fiscalizo y creo que no es muy fácil que me deje engañar; usted, compadre Efisio, es farmacéutico, y nadie sabe mejor que usted lo que vale el agua de la bomba metida en frasquitos; y usted, Sr. Fenu, conoce todo el contrabando; todos creemos de buena fe ser astutísimos. Él juega en silencio, y gana siempre, y cuando ha ganado excusa su suerte con un verso latino. Y, después de todo, en vez de ir al infierno como todos los fiscales y gran parte de los empleados de Hacienda, él irá astutamente al Paraíso. Si pudiésemos hacer otro tanto, nosotros que no estamos ligados por la sotana ¡quién sabe las diabluras que podríamos cometer en la tierra! Yo confieso que no haría más denuncias ni acusaciones, y probablemente usted, Sr. Fenu, no haría más de aduanero.

El Sr. Fenu, que estaba a punto de ganar en la partida de tresillo, soltó una frase que hizo reír a todos.

— Me haría contrabandista.

Pero, confesando que el cura osilés convidaba a beber a todos los laicos de la isla, sin excluir a los de Sediti, todos querían al padre Agustín; estaban contentos de que bebiese la cerveza vienesa que había ganado al tresillo, y hubieran corrido a su casa si hubiese faltado una noche a la reunión.

No había peligro de que faltase.

La vida del padre Agustín era arreglada, invariable como la marcha de un buen reloj: la primera misa en Sant' Angelo; después de la misa, el café de Bernarda; después Horacio, o Catulo; a las once y cuarto, lectura del breviario, como preparación para almorzar con la conciencia tranquila; después del almuerzo, el *recogimiento*, vulgo siesta, y luego el paseo, la comida y el tresillo en la rebotica de la farmacia.

Todo esto era de rúbrica.

Se podía tener la seguridad de que, cada noche, a las diez, el padre Agustín estaba en la cama con un poeta latino; de que a las once se despedía de Lesbia, o de la amiga, o de la musa, que es todavía una amiga de los vates, para reconciliarse con el Señor, y por último se podía tener la seguridad de que a las once y cuarto dormía profundamente.

Era raro que en la vida metódica de este pobre cura entrase un deseo inquieto, ¡de tal manera había sabido disciplinar su voluntad!

La única cosa difícil, la única sumamente difícil, había sido para él disciplinar su flaco bolsillo de modo que alcanzase a satisfacer todas las necesidades de la vida.

Había logrado no gastar más que noventa o noventa y cinco liras al mes; mas no por eso estaba seguro de poder cubrir todos sus gastos.

Un cura menos filósofo no hubiera sabido esperar cada mes las pocas liras que faltaban para nivelar su presupuesto.

Él las esperaba de algún derecho de estola negra, resignado, si no hubiesen venido, a privarse de rapé y de su partida de tresillo.

Pero había siempre algún *De profundis*, al menos uno, que recitar en la iglesia.

Así; con la misa y con la estola negra, el padre Agustín iba viviendo sin grandes inquietudes.

Además, el santo varón tenía sus ahorros: setenta y cinco liras en billetes del Banco Nacional escondidas y olvidadas en una media vieja, para el caso de tener urgente necesidad de remediar algún desastre de su equipo.

En suma, el padre Agustín no se lamentaba nunca de la providencia; así es que, a la pregunta que hace Horacio en su primera sátira, con frecuencia estaba tentado de contestar por boca de Mecenas que había en la tierra un hombre que no envidiaba al soldado, ni al mercader, ni al agricultor; un hombre que era un cura pobre, pero contento de su suerte; un hombre a quien regocijaban un rayo de sol, las primeras galas de la primavera, los niños, los patos, los yambos y los asclepiadeos que le trotaban en la memoria, y la comida que le esperaba a la vuelta de su saludable paseo.

Solamente, aquel día se presentaba una sombra en su cabeza. Aparecía para desaparecer al poco rato, pero cuando llegó la hora de regresar a casa, la sombra se mostró más insistente y dijo su nombre en alta voz.

Aquella sombra era Bortolino.

El reverendo pensó un momento en aquel muchacho, dudó de su propia palabra sacerdotal, y no queriendo exponerse a dejarla incumplida, se decidió a comprar media lira de caramelos de muchos sabores, para tentar a Bortolino Amatore con la

menta, con la rosa o con el clavel, si fuese necesario recurrir a tales extremos.

En aquel momento mismo el empleado de la Alta Italia, que acababa de regresar de la oficina, se asomaba al cuarto de su pupilo para admirar el prodigioso desorden que resistía a los prolijos cuidados de Bernarda.

Y pensaba:

«En el armario, no, porque se cierra mal; en la cómoda menos porque no se cierra de ningún modo; en el cajón de la mesita tampoco, porque siempre lo deja abierto; pero nadie me quita de la cabeza que lo tiene aquí...»

Aludía al tesoro del cura, y señalaba mentalmente a la pila de libros arrimada a la pared en un ángulo de la estancia.

Eran libros de toda especie; los más grandes servían de pedestal a los más pequeños; pero entre todos había uno que atraía la mirada, un librajó encuadernado de negro, con los ángulos recubiertos de acero oxidado, que se cerraba con llave y tenía letras encarnadas en el lomo.

Era el único secreto que había en el cuarto del padre Agustín: una Biblia del año 1500.

Permanecía cerrada no tanto porque era una edición preciosa por sus magníficos grabados en madera, y porque Bortolino hubiera podido hacer destrozos en ella, como porque el reverendo había extraviado la llave y por consiguiente no podía abrirla.

El padre Agustín llegó en aquel mismo instante, y se oyó de la cocina el estupor de Bernarda; pero el empleado de la Alta Italia no se inmutó.

Hubiera podido volver a cerrar la puerta, que daba al comedor, como le había venido la tentación de hacerlo; pero Severino se había propuesto demostrarse a sí mismo que era franco, y le plugo hacerse coger en pecado de curiosidad.

— ¡Buenas tardes, Sr. Amatore!, dijo el reverendo detrás de su patrón.

El cual se volvió y dijo:

— Me encuentra usted en pecado; le oí a usted venir, reverendo; pero he querido que me viese en pecado; no tengo mucha religión, ya usted lo sabe, pero soy sincero; si hay en el paraíso un puesto para un pecador sincero, lo pido para mí.

— Se lo daremos, contestó el padre Agustín siguiendo la broma; pero no veo qué pecado ha cometido usted...

— ¡Ah! Usted no lo ve porque es un santo. He cometido, si quiere saberlo, el pecado de la curiosidad, que es un pecado de los gordos; he contemplado su celda, he admirado su biblioteca, y he pensado por último que se la puede mejorar, para lo cual basta que yo le ceda una estantería que en nuestro cuarto no hace nada de provecho. En la suya, servirá al menos para algo. ¿La quiere usted, reverendo? No diga que no; me castigaría usted demasiado. Mire usted..., esa pila de libros no está bien, y si alguna vez hay que leerlos, digo yo, ¿puede imaginarse algo peor que arrimarlos a la pared? ¿No tengo razón?

— Tiene usted razón.

— ¡Loado sea el cielo! Verá usted qué bien estarán en mi estantería. Los más grandes, a los lados, para sostener a los pequeños. ¿Qué libro es ése? Diríase que es un libro de magia, quizás una colección de exorcismos... Está cerrado con llave. Lo que contiene sólo Dios y el padre Agustín lo saben.

— Contiene los Evangelios, los Salmos, los Actos de los Apóstoles; es una Biblia latina, preciosa, pero no encuentro la llave.

— Se comprende... que es un libro precioso; con vendría custodiarlo mejor; la estantería que voy a dar a usted parece hecha exprofeso... Gran suerte es que en la casa no haya ratas... ni criadas ladronas...

Cada palabra de Severino Amatore era un rayo de luz que se esforzaba en hacer penetrar sinceramente en el cerebro del cura.

¿No podía ya decir que el tesoro del reverendo quedaba descubierto, que aquella Biblia, cuya llave había extraviado el cura, podía ser robada por el primer pecador que llegase, y tuviese la bibliomanía necesaria y la ocasión oportuna?

El padre Agustín escuchaba sonriendo las palabras sibilinas del amo de la casa, y no se ingeniaba en penetrar su oculto sentido, porque hacía rato que lo había penetrado.

A lo último dijo — y sabía que decía una verdad que hubiera podido tomarse por una mentira:

— Mi querido Sr. Amatore, los ladrones no pueden causar ningún perjuicio al padre Agustín; más miedo me darían las ratas; pero acepto la estantería y doy a usted muchas gracias por ella.

Bortolino penetró en el cuarto del cura cantando, saltando y comiendo.



Difícil será comprender cómo podía hacer las tres cosas a la vez; pero había cogido de la mesa servida una rebanada de pan y se la engullía a manera de preparación, mientras cantaba el estribillo de una canción popular:

«¡Baja, Rosina!...»

— ¡Qué maneras son éstas!, dijo Severino.

— ¡A la mesa!, anunció con boca llena el pequeño Amatore, pareciéndole con razón que la gravedad de la noticia era propia para desarmar a su padre y al señor cura.

— ¡Ya lo hemos oído! Pero ¿qué es esa manera de presentarte en el cuarto del reverendo?..

Bortolino fué astuto por instinto y contestó sencillamente:

— ¡Hay buñuelos! ¡Hay buñuelos!

Y entonces el padre Agustín intervino con su sonrisa bonachona.

— Cuando hay buñuelos, es lícito perder un poco de sosiego.

Ya autorizado, Severino lo perdió todo en una carcajada.

— Oye, Bortolino, preguntó el sacerdote, ¿no te ha dicho tu madre que me trajeras la doctrinita?

— Aquí está, contestó el muchacho, haciendo ver la entrada de una faltriquera de los pantalones, por la cual asomaban una manzana y el catecismo.

— Está bien, dijo el reverendo sin rencor; hablaremos de esto después de los buñuelos...

— También hay frito de hígado.

Y no bastando el hígado pasado por la sartén, había un asado, porque aquel día Bernarda había querido estimular al catequista y honrar en Bortolino al futuro clérigo, y más tarde al príncipe de la Iglesia.

#### IV

Después de los buñuelos, que en conciencia estaban debidamente hechos, ni demasiado pequeños ni demasiado grandes, fritos a punto y dorados en la superficie, ¿quién había de acordarse del catecismo?

Nadie se acordó.

Pero, ¿de sobremesa, animado por el café de Bernarda, el padre Agustín desafió al demonio.

— Bortolino, escucha, escucha bien lo que voy a decirte...

Bortolino, cogido de sorpresa, fijó los ojos en la cara del reverendo.

Bernarda insistió:

— Sí, escúchalo bien...

Y Severino consintió sin reírse:

— Sí, escucha bien al señor cura...

Entonces Bortolino tuvo una vaga idea de que la vida eterna de que tanto había oído hablar, estaba para empezar en aquel momento.

— Has dicho a tu madre que el catecismo no se te puede entrar en la cabeza porque no lo entiendes, ¿no es esto?.. ¡Oh, loado sea Dios!.. Pero si yo te explicase lo que no puedes comprender, estoy seguro de que lo aprenderías en seguida.

Bortolino lo dudaba.

— Lo aprenderás en seguida, te lo digo yo; y cuando hayas aprendido el catecismo, haré algo más; te enseñaré..., adivinalo..., a ayudar a misa.

— ¡Ayudar a misa!, balbuceó Bortolino, mirando a su padre, que estaba ocupadísimo en ensanchar sobre el mantel una mancha de café hecha por él mismo con la cucharita.

— ¡Sí, a ayudar a misa! Yo sé que a los muchachos inteligentes como Bortolino les gusta ayudar a misa.

— ¿Cómo se hace para ayudar a misa?, ¿se aventuró a decir Bortolino, después de haber interrogado inútilmente a su padre y a la mancha de los manteles.

— Yo te lo enseñaré tan pronto como sepas bien el catecismo, dijo el reverendo.

Pero no era fácil triunfar de Bortolino con un poco de sosiego del cura, con los actos admirativos de Bernarda y con una gota de café vertida misteriosamente sobre los manteles.

Cuando el pequeño Amatore vió que era inútil esperar auxilio del autor de sus días, dijo:

— ¿Qué placer hay en ayudar a misa?

«¡Bravísimo!, pensó Severino; yo no te puedo ayudar porque he prometido no reírme, pero veo en ti mi sangre; siempre hay que preguntar a la gente qué placer hay en hacer una cosa, o qué se gana con ella, y cuando nos hayan contestado que no hay placer ninguno en hacer una mancha de café en los manteles, y que los manteles nada ganan con ello, porque así tendrán que ir dos veces a la colada, entonces es uno dueño de hacer lo que quiera...»

— ¡Bravísimo!, dijo el padre Agustín. Para ayudar

a misa hay que empezar por ir a la sacristía a vestir la sotanilla y el roquete; luego, delante del altar, hay que contestar en latín al cura que dice las oraciones, cambiar de lado el misal, verter en el cáliz el agua y el vino, que representan la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, y tocar la campanilla durante la elevación. Esto es ayudar a misa; una cosa fácil, si quieres; mas para ayudarla bien, sin cometer ningún sacrilegio y de manera que todos los devotos comprendan que el acólito y el celebrante saben su obligación, es difícil.

El padre Agustín había pensado con razón que la idea de ayudar a misa tentaría a Bortolino.

Desde las primeras palabras de la explicación, el cura comprendió que aquella idea entraba de una vez y sin restricciones en la mente del muchacho; y no queriendo hacer ni una pausa para dar lugar al contento del futuro acólito, insistió con dignidad:

— Bortolino ya lo sabe ahora; si dentro de un mes quiere ayudar la primera misa en Sant'Angelo, depende únicamente de él.

La contestación del muchacho fué tal, que Bernarda pudo respirar, sin reparar en el desastre que se verificaba impunemente sobre los manteles.

Bortolino dijo:

— ¿Qué hay que hacer?

— Voy a decírtelo en seguida, contestó el sacerdote. Déjame ver tu catecismo... ¡Bravo! Mira: hay treinta y seis páginas... Páginas muy pequeñas... Cada página contiene, por término medio, seis preguntas. Media horita de estudio cada día, y en un mes se puede saber de memoria todo el catecismo. ¿Te sientes capaz de hacer esto?

Bortolino no contestó.

Estaba pensando.

Se le ocurrió a Bernarda el dar un empujón indirecto, pero inútil, a su hijo.

— ¿No es verdad, reverendo, que ayudando a misa se ganan indulgencias?

Como Bernarda no hubiese recogido una mirada del padre Agustín que se perdió en el vacío, el cura apenas contestó que sí.

— Dígame usted cuántos días de indulgencia puede ganar para la vida eterna el que haya ayudado una misa... Dígaselo.

— Muchos, afirmó el cura; pero se apresuró a añadir, a fin de evitar que la sangre de raza hiciese brotar de los labios de aquel pequeño pecador una gruesa herejía: Bortolino podrá ganar indulgencias para el purgatorio y caramelos en la tierra. Caramelos de menta, caramelos de clavel, caramelos de rosa, toda clase de caramelos.

Como Bortolino no entendía bien esto, tuvo necesidad de una dilucidación.

Y el cura se la dió, prometiendo tan sólo un caramelo por cada tres preguntas y respuestas del catecismo aprendidas de memoria.

A Bortolino le sería lícito presentarse cuando quisiese a decir la lección, eligiendo el clavel, la rosa o la menta, a voluntad.

Esta demostración fué entendida desde las primeras palabras.

En el acto, Bortolino cogió el catecismo, le dió una ojeada, y estuvo pronto a decir de un tirón:

«— ¿Sois cristiano?

— Sí, soy cristiano por la gracia de Dios.

— ¿Cómo nos hacemos cristianos?

— Por medio del santo Bautismo.

— ¿Qué es pues un cristiano?

— Un cristiano es el que ha recibido el santo Bautismo y profesa la Doctrina de Jesucristo.»

— ¡Son tres!

No dijo más, pero en su carita mofletuda brillaba la malicia.

Entonces el padre Agustín, sin desconcertarse, metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó un cucurucho.

Toda la familia contemplaba el milagro.

— ¿Quieres rosa, clavel o menta?.., preguntó solemnemente el reverendo.

— Menta, es decir, no, espere..., a ver...

Bernarda, sorprendida, buscaba el cielo.

Amatore padre había levantado los ojos de los manteles y reía.

— Piénsalo bien, recomendó el padre Agustín; no tengas que arrepentirte después.

— Clavel, dijo Bortolino.

Y cuando lo tuvo en la boca, aseguró que era bueno.

El cucurucho fué luego ofrecido a los esposos Amatore, para que probasen los caramelos; pero Bortolino se apresuró a declarar que ni a su padre ni a su madre les gustaban los dulces.

— Entonces serán todos para ti, dijo el cura; y si es necesario, el cielo mandará más. Toma; para que puedas escoger, aquí tienes un caramelo de menta y

otro de rosa. Pero ten presente que no bastará venirme a recitar la lección, sino que tendrás que recordar siempre las lecciones anteriores.

Severino Amatore sufría las penas del infierno estando callado.

Aprovechó la ocasión y dijo muy serio:

— Ten presente, Bortolino, que no bastará recitar los caramelos, sino que tendrás que recordar todos los caramelos anteriores.

#### V

Después de la comida y durante toda la velada, el padre Agustín estuvo magnífico.

Bastaba verlo cuando entró en la rebotica de la farmacia para formarse una idea de todas las derrotas que prometía a sus adversarios de tresillo.

Y no fueron éstas las únicas derrotas que infligió a la magistratura, al fisco y a la aduana; hubo escaramuzas de palabras, en las cuales cada cual disparaba su trabucazo, hasta que el cura triunfante les obligaba a rendirse.

Poco después se dejó conducir a las reminiscencias sardas, al curato de Osilo, y más atrás, hasta el seminario de Sassari, y más atrás todavía, hasta las niñerías de una edad ya muy remota, cuando, no habiendo aprendido de memoria la lección de latín y temiendo un vapuleo, escondía las disciplinas.

Parecía una resurrección.

El reverendo se había vuelto locuaz y sutil, y sus adversarios se amoldaban de mala gana al ingenuo papel de oyentes, excitándole a proseguir si llevaba trazas de no querer decirlo todo, dándole margen para una nueva charla, si la anterior había concluído, e insistiendo para que bebiese su cerveza cuando se callaba demasiado.

Pero llegó la hora de retirarse a casa y el cura osilés saludó a la comitiva.

Alguien propuso acompañarlo un rato para divertirse un poco más con la charla del reverendo; pero éste se opuso, suplicando que le dejaran ir solo.

— Para rezar el rosario, insinuó el farmacéutico.

— Quizá.

— La noche es ventosa, dijo el abogado fiscal; embócese bien la capa, reverendo, y ande aprisa.

— Así lo haré.

Pero cuando se encontró solo en la calle, yendo a buen paso hacia su casa, se sintió coger por un importuno que quería ser escuchado.

Este importuno era un pensamiento.

Y decía:

«Padre Agustín, has empleado bien el día; no puedes quejarte; te has dado un atracón de buñuelos y los has digerido; has bebido cerveza y no te ha costado un céntimo; por un poco de calderilla que has gastado en los caramelos de Bortolino, estás en camino de salvar un alma; mañana, probablemente, tendrás la estantería que Severino te ha prometido para alojar tu tesoro.»

Así hablaba aquel pensamiento, y al principio pareció que debía hacerle llegar más pronto a casa; pero en la primera esquina el padre Agustín se encontró con uno que llevaba más prisa que él y quería dar la vuelta por la calle del cura.

El cual se detuvo apenas lo necesario para no ser embestido ni derribado, y cuando hubo visto el obstáculo dar instintivamente una corta carrera para justificar la furia, moderó el paso.

El importuno no le dejaba.

«Te conozco, prosiguió acompañándolo a casa; tú sueles vivir tranquilo porque Horacio y Catulo no te dicen nada; o si te dicen algo, hablan de tan lejos que puedes imaginarte que no se quieren ocupar de tus asuntos; pero cuando en tu vida monótona penetra un átomo de fermento, estás perdido. Ahora tienes para rato.»

«Jugando al tresillo has permanecido silencioso, porque estabas empeñado en ganar; pero bebiendo cerveza, has hablado en demasía.»

«¿Es eso tu escrúpulo? Procura recordar una por una las palabras que has dicho, y verás que tu escrúpulo no es eso.»

«¿Es Bortolino que te apena? Ése es un muchacho sano y alegre, capaz de hacer por sí mismo gran carrera; queriendo entrar a su tiempo en el paraíso, tendrá que ir desde luego al purgatorio, donde le valdrá mucho el haber hecho en la tierra una provisión de indulgencias ayudando a misa.»

«Pero tú, que conoces profundamente la teología, dirás que se puede ir al paraíso sin haber ayudado a misa y sin haber ganado indulgencia plenaria.»

«Basta haber sido siempre honrados, siempre buenos con los demás, solamente crueles con nosotros mismos, como lo eres tú alguna vez.»

(Se continúa.)





Puesto de verdura en un zoco moro

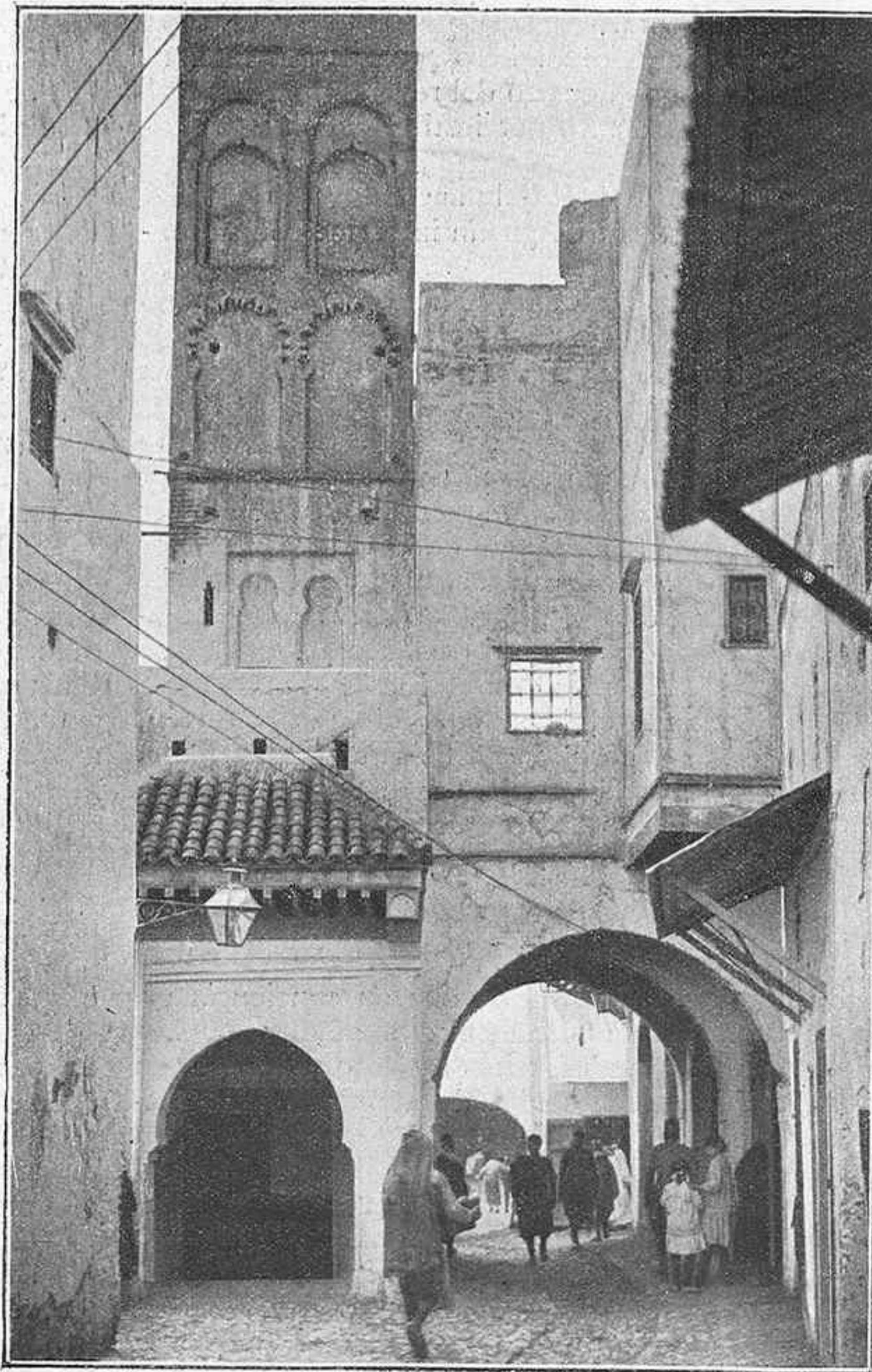


Grupo de moros en el zoco. Las mujeres llevan los rostros completamente tapados y algunas van tocadas con grandes sombreros de paja

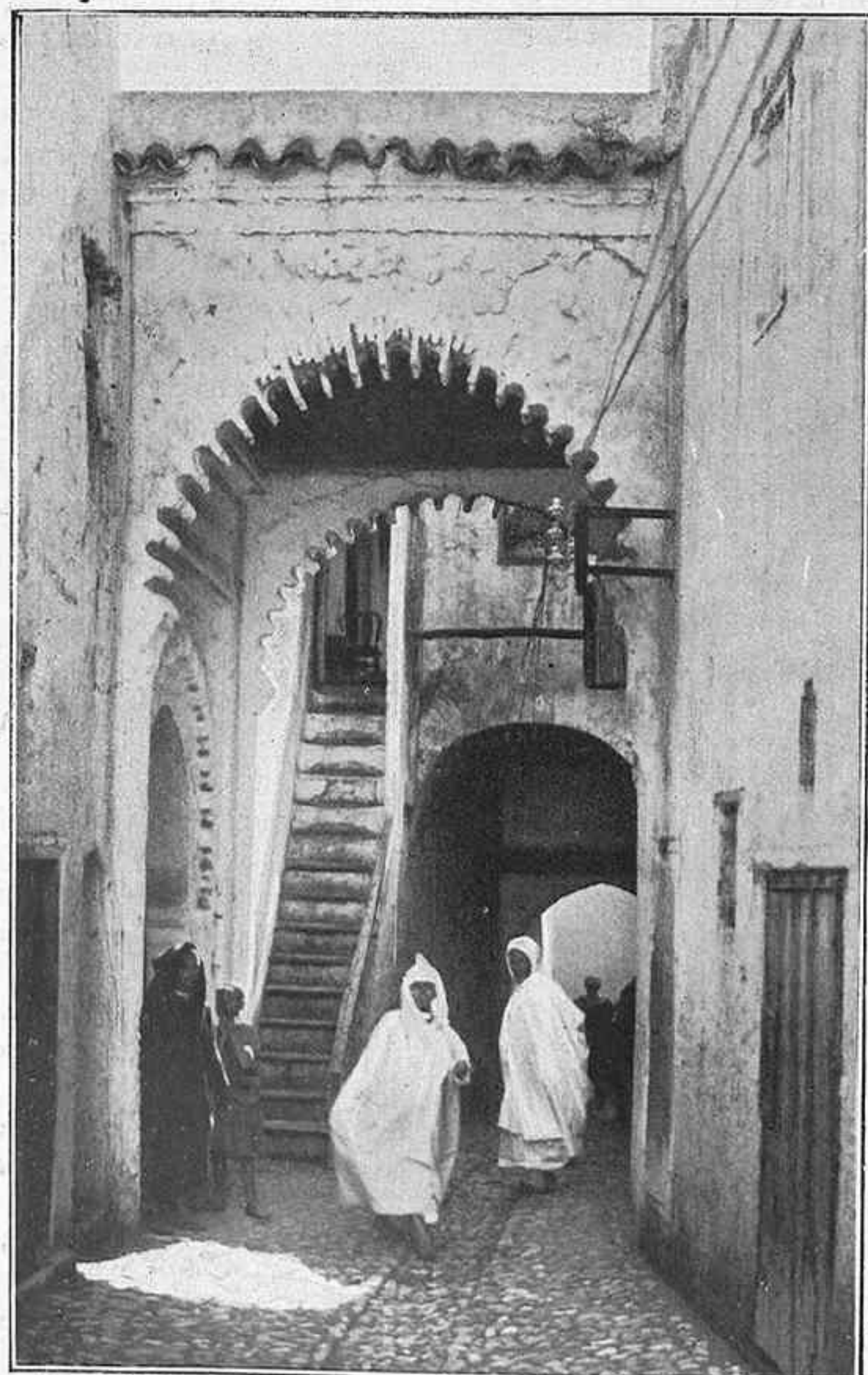
## VISTAS DE TETUÁN

USOS Y COSTUMBRES DE LA POBLACIÓN MORA  
DE AQUELLA CIUDAD

(De fotografías de Lázaro.)



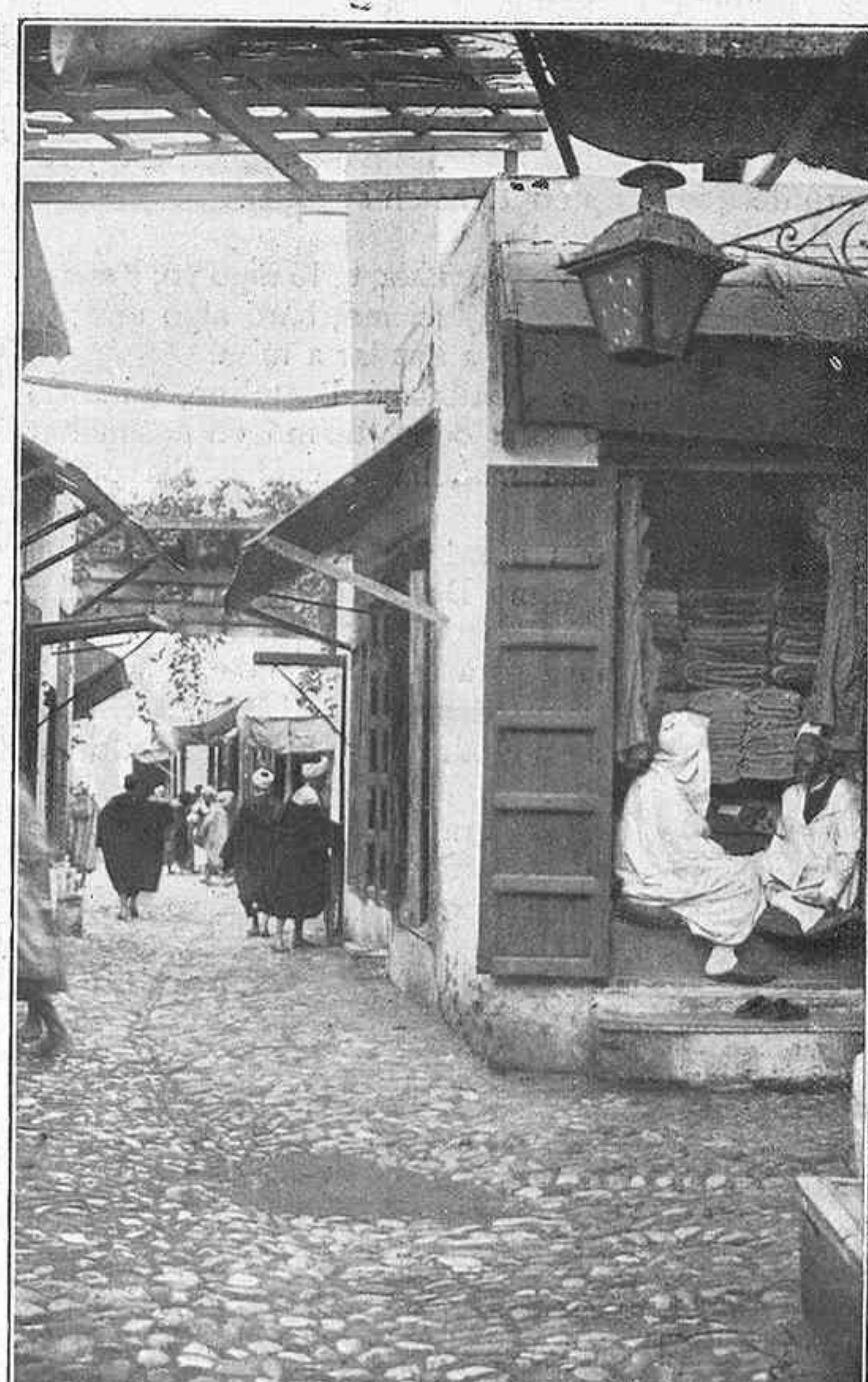
Calle de Saquia Foquia y Mezquita nueva, una de las vías más importantes de la ciudad



Puerta de la calle de los Baños



Calle de Escucha



Calle de las zapaterías y pañerías





Plaza de babucheras moras

TETUÁN

En el último número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y a modo de comentario de las preciosas vistas que en él reproducíamos y que desde Tetuán nos enviaba nuestro distinguido e ilustrado corresponsal gráfico Sr. Lázaro, publicamos algunos datos acerca de aquella importante ciudad mora.

Hoy, con motivo de la reproducción de nuevas y no menos interesantes fotografías del propio señor Lázaro que damos en ésta y en la anterior página, añadiremos algunas explicaciones a las que entonces dimos acerca de las principales industrias que se ejercen en aquella población.

Las tiendas de Tetuán son pequeñas y de alto dintel, tanto, que la mayoría de ellas parecen simples ventanas abiertas en el muro, no teniendo de fondo las más grandes más que unos dos metros. Allí, revueltos en confusos montones de telas, vajillas y chucherías de escaso valor, se sientan los vendedores a la usanza árabe, hojeando el libro de cuentas, departiendo reposadamente con los clientes o leyendo el Corán y rezando con su gran rosario de noventa y nueve cuentas.

A juzgar por las apariencias, la industria y arte mecánica más desarrollada es la de la fabricación de zapatillas o babuchas, que, a su vez, sostiene la de curtidos y tinte, habiendo calles enteras ocupadas por los que se dedican a este oficio, lo cual no es de extrañar por ser la babucha el calzado obligado de los árabes marro-

quíes, cualquiera que sea su condición social.

Una de las industrias más perfeccionadas es la de las espingardas, notable principalmente por la división del trabajo, puesto que hay artífices especiales para los cañones, llaves y cajas. Las incrustaciones de marfil, nácar y plata de algunas de estas últimas son bellas y correctas, y sólo en esta parte del trabajo mecánico y artístico a la vez pueden los tetuaníes presentar obras dignas de figurar al lado de las similares europeas.

Los tejidos de lana para mantas y chilabas, así como los de hilo para toallas y telas de ropa interior, suelen ser industrias caseras, que sólo son notables por la baratura, a causa del reducido coste de la mano de obra.

El tejido de esterillas y petates de junco y paja ocupa algunas familias, y en él se emplean los procedimientos más rústicos y primitivos.

Hay bastantes alfarerías en los bancos arcillosos del Poniente de la ciudad, fuera de la puerta de Tánger; los hornos de cocer son pequeños y mal acondicionados y están hechos con mampostes y barro sin ninguna pulcritud ni esmero; esto no obstante, los ladrillos y baldosas presentan indicios de buena cochura, ofreciendo, además, una consistencia bastante aceptable, merced al buen material empleado en su fabricación. Lo más notable de este arte es la fabricación de baldosines de colores, que los alarifes combinan con especial destreza y en los cuales el color y el vidriado tienen gran permanencia,

Contra la  
comezón  
del cuero  
cabelludo

contra  
la caspa

contra la  
caída  
del Pelo

A. Ehrmann.

emplead  
el  
**PETRÓLEO GALIA**





Princesa María José La Reina Príncipe Carlos El Rey Príncipe heredero Leopoldo

La familia Real belga reunida por vez primera en 1915, a fines del verano, en la modesta quinta de la costa belga que habitan el Rey y la Reina, con su primogénito, mientras que los dos príncipes menores residen en Inglaterra

**AVISO A LAS SEÑORAS**

**EL ANIOL DE LOS JORET HOMOLLE**

CURA  
LOS DOLORES, RETARDOS,  
SUPPRESSIONES DE LOS  
MENSTRUOS

F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN - PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Paris  
Data de 1849

**PUREZA DEL CUTIS**  
- LAIT ANTÉPHÉLIQUE -

**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa  
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
ARRUGAS PRECOCES  
EFLORESCENCIAS  
ROJECES.

Se pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDÈE - B<sup>o</sup> St-Denis, 46

EL INGENIOSO HIDALGO  
**Don Quijote de la Mancha**

COMPUESTO POR D. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea e ilustrada  
con una notable colección de oleografías y grabados intercalados en el texto  
por D. Ricardo Balaca y D. J. Luis Pellicer

Dos magníficos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas ti-  
radas sobre pergamino y canto dorado. - Su precio 200 pesetas ejemplar, pagadas en  
doce plazos mensuales. - Hay un número reducido de ejemplares impresos sobre papel  
apergaminado y divididos en cuatro tomos al precio de 400 pesetas ejemplar.

Montaner y Simón, Editores, Barcelona.

**HOMBRES**

Faltos de energías, nervioso-muscu-  
lares, impotentes, gastados por abu-  
sos sexuales, alcohólicos,  
pesares, estudios, & viejos sin años,  
recobrarán las fuerzas de la juventud  
con el VIGOR SEXUAL KOCH de uso  
externo. Los medicamentos al interior,  
si son débiles, estropean el estómago  
y no producen efecto, y si son fuertes  
matan la salud. El VIGOR SEXUAL  
KOCH se vende en las boticas bien  
surtidas del mundo. Conviene que para  
determinar el grado de DEBILIDAD se  
pida a la CLINICA MATEOS,  
Arenal, 1, 1.º, MADRID. (Españ-  
ña) el GRÁFICO SEXUAL, y lo recibi-  
rán gratis por correo, reservadamente.

**DENTIFRICOS**  
**HIGEIA**

ELIXIR  
POLVOS  
CREMA

**HIPOFOSFITOS SALUD**

COMBATE  
**ANEMIA**  
ESCROFULISMO  
NEURASTENIA  
**INAPETENCIA**

**ANEMIA DEBILIDAD** Verdadero **HIERRO QUEVENNE**  
Curadas por el. El mas activo y económico, el unico Inalterable. - Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts. Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN